

gar esta corta porcion; la tercera, del Ministro que prometia la benevolencia y beneficios del Monarca á los que se pusiesen en estado de merecerlos. Ninguno de estos jóvenes novicios habia hecho los votos todavia; ninguno prestó oidos á las promesas insidiosas que se les hacian; todos permanecieron inalterables.

El Senador los despidió, é hizo llamar á los filósofos y á algunos jóvenes regentes, y les leyó las tres cartas. La promesa de los doce sueldos les pareció muy chistosa, y no pudieron contener la risa. El Senador les preguntó el por qué: *Es*, le respondieron ellos, *porque se aprecia en bien poco la recompensa de un crimen tan enorme, como faltar á la fidelidad debida á Dios.* El poco fruto que el Senador habia sacado de los novicios y filósofos, no le permitió esperar lo mayor de parte de los teólogos y sacerdotes jóvenes. Habiéndolos hecho venir, les dijo que tenia orden de leerles ciertas cartas: concluida la lectura, le hicieron ellos una reverencia, y salieron sin decir una sola palabra. Conoció el Senador toda la energia de este silencio y se retiró. Al punto que salió de la casa, todos ellos fueron juntos á la capilla á dar gracias á Dios de la victoria, y á implorar su asistencia para sostener combates aun mas rudos.

No tardó en presentarse la ocasion: pero se cambiaron las baterias. Hasta allí se les habia prohibido toda comunicacion de fuera: levantóse la prohibicion, y no solo se les permitió, sino que se les or-

denó leer las cartas que les escribian, y recibir las visitas que les hacian. Estos nuevos ataques duraron tres dias, en los cuales tuvieron que resistir á los ruegos y lágrimas de sus familias, á las instancias de sus amigos, y, lo que apenas se hace creible, á las sugerencias importunas de algunos religiosos de diferentes Ordenes, que habiendo perdido ya el espíritu de su estado, empleaban los racionios mas capciosos para superar las dificultades y escrúpulos de estos jóvenes. Estos habian convenido en que cuando alguno de ellos estuviera atacado, los otros se pondrían en oracion por él. No fué en vano: ni uno solo se dejó conmovér; todos salieron victoriosos de una lucha en que tenian que combatir los sentimientos mas vivos y mas dulces de la naturaleza.

Algunos dias despues volvió el Senador á leerles otras cartas del Ministro y del Cardenal, que condenaban al destierro á todos los que se obstinasen en no obedecer. Todos, sin excepcion, prefirieron el destierro á la apostasia. Es imposible referir todos los rasgos edificantes que señalaron la constancia de estos fervorosos religiosos. Se juzgará de sus disposiciones por la conducta de cinco de entre ellos, que estaban consumidos de una enfermedad de languidez. Este estado les hacia temer que se opusiesen á su marcha: trabajaron con tan buen éxito con los médicos, que obtuvieron de ellos certificacion declaratoria de estar capaces de soportar el transporte. El 24 de Octubre, á media noche, se hizo á los desterra-

dos emprender el camino de Porto, en número de ciento cuarenta y cinco. A pesar del horror de la noche y de la violencia de la lluvia, un gran número de habitantes estaba apostado en el tránsito, haciendo resonar las calles con sus gemidos y sollozos. En Porto se les unieron los de las casas de Braga y de Braganza que habian tenido la misma felicidad que ellos, de no haber salido de su seno apóstata ninguno. El encono que produjo en Carvalho y en los ministros de su tiranía el haberse frustrado completamente sus proyectos de seducción, los tornó ingeniosos en multiplicarles á los prisioneros todo género de privaciones y sufrimientos; pero esta rabia infernal, se ejerció contra ellos vanamente. Haciaaron á doseientos veinte y cinco en la sentina del barco que los trasportó á las costas de Italia, donde encontraron todos los socorros que les tenia preparados el Padre comun de los Fieles.

Los medios de seducción empleados contra la juventud del Colegio, solo habian durado tres dias en Coimbra; pero en Evora se prolongaron por quatro meses completos. Los padres, amenazados con toda la indignación del Ministro, vinieron, y nada omitieron para vencer la resistencia de sus hijos: esta prueba fué terrible y produjo muchas defecciones; cediéron veinte y tres. Uno de ellos habia resistido con firmeza heroica, por espacio de dos meses, á las órdenes de su padre y á las lágrimas de su madre. Por desgracia mantuvo comercio epistolar con sus hermanas. Le representaron el peligro á que se ex-

ponia. El jóven no se precaució contra este lazo peligroso. Debilitándose su constancia poco á poco, y llegando en fin, á desvanecerse, dejó á sus hermanos el triste ejemplo de la desconfianza que se debe tener en las propias fuerzas, y de la necesidad del socorro del cielo en ocasiones tan delicadas, en que el solo exponerse al peligro sin necesidad, es ya un principio de derrota. Todos los otros noventa y ocho se mantuvieron firmes, y entre ellos cinco enfermos, quienes á fuerza de instancias obtuvieron de los médicos certificación que los habilitaba para salir. Llegando á Lisboa, fueron reunidos á otros noventa y nueve, y embarcados para Italia, á donde abordaron como los de Coimbra, á principios de Febrero de 1760. Este año y el siguiente fueron memorables, por la desolacion y ruina de todas las misiones mantenidas en la América, y en las Indias, bajo la dominacion portuguesa: se arrancaron de allí cerca de quinientos Jesuitas, de los que los mas notables fueron sepultados vivos en los subterraneos de Carvalho, y los otros arrojados á las costas de Italia. Por lo que ya hemos dicho, se podrá juzgar de lo que tuvieron que sufrir: baste notar, que por una parte nada faltó á la crueldad de los verdugos, ni por la otra á la paciencia de las víctimas.

Para terminar esta larga série de atrocidades, referiremos el fin trágico del célebre P. Malagrida. Apenas los religiosos desterrados habian salido de Portugal, quando Carvalho, que lo aborrecia mas que á todos los otros juntos, resolvió saciar sus venganzas en él. Pa-

ra comprender hasta qué punto podia merecerlas el P. Malagrida, bastará decir algo de su vida. Este P., lleno de talento y de conocimientos, podia ocupar en Europa los empleos mas honrosos de su Orden; pero quiso mas consagrarse á las humildes y penosas funciones del Apostolado entre los salvages del Brasil, donde trabajó veinte y siete años, y fundó dos de las *Reducciones* de Marañon. De vuelta á Portugal, el buque que lo llevaba iba á chocar, en la embocadura del Tajo, contra un banco de arena, en que debia naturalmente romperse. Los marineros recurrieron al misionero, sabiendo la reputacion de santidad que habia dejado en el Brasil y la vida austera que habia observado entre ellos. El P. Malagrida, con un aire tranquilo y como seguro del suceso, se puso á rezar las letanías de la Santísima Virgen ante una Imagen suya. No bien las concluyó cuando el barco, desprendiéndose por sí mismo, volvió á tomar su ruta y entró felizmente en el puerto, á vista de toda Lisboa que habia sido testigo del peligro. Dicha Imagen fué mirada como milagrosa, y trasladada en procesion á la ciudad, asistiendo á la ceremonia el Rey José, que era entonces Príncipe del Brasil. Tal fué el principio de la veneracion extrema que todo Portugal profesó despues al P. Malagrida. Juan V. que reinaba en este tiempo, hacia singular estimacion de sus virtudes, llegando su veneracion hasta besarle la mano algunas veces: y bajo su direccion hizo muchos retiros espirituales. Desde aquí da-

ta el odio de Carvalho contra él: sin que los eventos posteriores contribuyesen á aplacarlo. El dia del temblor de tierra, que abismó á Lisboa, en 1755, una circunstancia particular aumentó la reputacion de santidad de que gozaba el Misionero. Siempre decia misa á una hora fija, y era puntualmente en la que acaeció la catástrofe. Este dia la dijo mas temprano, y además, levantó de la cama, á fuerza de instancias, á uno de sus hermanos que se hallaba indispuesto. Ambos habrian sido víctimas, si el uno hubiera permanecido en su aposento, y el otro dicho la misa á la hora acostumbrada. Desde entonces redobló su zelo; no cesó de exhortar á penitencia al pueblo de Lisboa, y de dar retiros á las diversas clases de habitantes de esta capital. Las tareas apostólicas y los sucesos del P. Malagrida desagradaron á Carvalho: lo irritó su escrito sobre la causa de las calamidades públicas; en fin, el retiro que debia dar al Rey, alarmó al zeloso Ministro y encendió en su corazon un odio implacable contra un hombre, que no contento con haberse atrevido á contradecirle en un escrito publico, podia tambien reducir al Principe á la práctica de los deberes de la dignidad real, y romper en un momento el yugo despótico bajo el cual gemian todos sus pueblos. Logró Carvalho hacerlo sospechoso de fanatismo, que se le desterrase por tal titulo; y en fin, implicarlo en la famosa conspiracion de 1758. En el siguiente mes de Julio, fué preso y declarado reo de lesa-magestad, como autor prin-

Tom. IV. 34

cipal del atentado de 3 de Septiembre. En clase de tal, debió preceder su suplicio, ó al menos seguir inmediatamente á los de los demas SS. presos, condenados y ejecutados en algunas semanas; no fué así: dejósele desfallecer durante tres años en los calabozos subterranos de Carvalho. Al cabo de tan larga demora se le trasladó clandestinamente á las prisiones de la Inquisicion (1). Allí, sin acordarse mas Carvalho, ni

(1) La Inquisicion de Portugal fué establecida el año de 1536, por una Bula de Paulo III., expedida á solicitud del Rey Juan III. El Rey nombraba todos los Jueces de este Tribunal, y el Papa conferia la jurisdiccion espiritual al Inquisidor mayor. Es falso que bastase la menor denuncia para encerrar al acusado, que se le mantuviese ignorante de los capítulos de acusacion y de los acusadores; que se le negasen Abogados para su defensa y que los denunciadores quedasen impunes, si eran calumniadores. El Tribunal no pronunciaba jamás la pena temporal; se ceñia á declarar al reo convicto ó confeso: despues de lo cual á los Jueces seculares correspondia fallar sobre la pena conforme á las leyes del reino. Las confiscaciones, cuando se hacian, eran únicamente en provecho del tesoro público; en fin, los Obispos diocesanos de los acusados, tenían derecho de conocer del delito, en union de los Inquisidores.

Conviene enseñar ó recordar esto á nuestro siglo ignorante y charlatan. ¿Sabrá él percibir, que su jurado, de que tanto se gloria, se encontraba todo entero en el Tribunal de la Inquisicion, y con la diferencia de que éste se componia de hombres, que por su estado, y tambien por su obligacion, conocian las materias sobre que habian de fallar; hombres elegidos por el Príncipe, no tomados á la ventura por suerte ciega; hombres que no estando obligados á juzgar en sesion permanente, podian tomarse todo el tiempo necesario para poner en claro un negocio obscuro y conseguir todas las noticias convenientes para ilustrar su conciencia? Si aun con estos medios de obrar bien, han obrado mal algunas veces, es porqué eran hombres: ¿qué, pues, deberemos decir de nuestros Jurados, que son tan hombres como aquellos, y cuya institucion está muy lejos de ofrecer las mismas garantías? Sea lo que fuere, no olvidemos una observacion importante, y es, que los países de Inquisicion son los únicos donde no se han podido establecer las heregias de los

de la supuesta conspiracion, ni de la complicidad del Padre, ni de su crimen de lesa-magestad, emprendió hacerlo condenar por dos obras extravagantes, que dizque habia compuesto en la prision, intitulada la una: *Vida heroica y admirable de la gloriosa Santa Ana, dictada por Jesus y su santa Madre*; y la otra, *Tratado sobre la vida y reino del Ante-cristo*.

Tal es el cuerpo de delito que jamás ha visto ni podido ver nadie, pues que nunca existieron tales obras. Sin embargo, los Inquisidores dieron extractos de ellas, en que hacian decir al P. Malagrida, que *Santa Ana, antes de nacer, habia hecho los tres votos de religion; y que, á fin de que ninguna de las tres personas de la Santisima Trinidad quedase descontenta, habia hecho voto de pobreza al Padre, voto de obediencia al Hijo, y voto de castidad al Espiritu Santo, etc. etc.; que habia tres Ante-cristos, padre, hijo y nieto; que éste naceria el año de 2920, en Milan; que se casaria con Proserpina; etc. etc.* Si se dá crédito á la impostura, tales eran las heregias, ó mas bien los delirios, que el P. Malagrida escribia ó dictaba en un calabozo, donde no tenia pluma, tinta, papel ni amanuense. Hasta allí este famoso Misionero habia sido hábil y zeloso defensor de la Fé; todas sus obras eran prueba de ello; habia enseñado la Teología con mucho lucimiento, predicado en

últimos siglos, que han hecho correr tanta sangre en otras partes. Vease aquí el gran crimen de ese Tribunal á los ojos de nuestros libres pensadores.

ambos hemisferios; ganado para Jesucristo y dirigido infinidad de almas, sin que jamás se le hubiera escapado nada reprehensible. Hasta allí los portugueses, lo mismo que los pueblos del nuevo mundo, lo habian venerado, como á hombre de eminente santidad; los mismos ingleses no le daban otro nombre, que el del *Apóstol del Brasil*; en fin, los Padres capuchinos de la América portuguesa, escribiendo á Roma diez años antes, habian protestado que *eran deudores de sus buenos sucesos á los prodigios obrados por este hombre, poderoso en obras y en palabras, y el Xavier de su siglo.* A pesar de esta aprobacion universal, el P. Malagrida fué declarado *soberbio, falso Profeta, impio, blasfemo, herege etc.* y como tal, entregado al brazo secular. Esta sentencia es una produccion tan informe y escandalosa, que es difícil soportar su lectura. Por eso Carvalho, advertido por sus confidentes de las contradicciones, chocantes que presentaba, hizo todo esfuerzo por ocultarla al público, pero ya fué tarde: este monumento de necedad y de crueldad, recorrió toda la Europa. De esta inicua sentencia y de sus consecuencias dijo Voltaire, que *los excesos del ridiculo y del absurdo, estaban en ella unidos al exceso del horror.*

Los que no conocen la Inquisicion por las pinturas tan falsas como odiosas que han hecho de ella escritores parciales, tendrán dificultad en entender cómo de tal Tribunal pudo salir semejante condenacion. Cesará su sorpresa, cuando sepan lo que Carvalho

habia hecho, con el fin de procurarse jueces á propósito para secundar su odio y sus venganzas.

Echó á aquellos Inquisidores en quienes no encontraba instrumentos bastante dóciles, y por su sola autoridad los reemplazó con cuatro criaturas suyas, á quienes dió por Presidente, bajo el título de Inquisidor mayor, á su propio hermano, aquel mismo que para deshacerse de los Jesuitas del Marañon, habia disipado y destruido aquella cristiandad floreciente. Ese tribunal intruso y sin jurisdiccion, fué el que formó el proceso del P. Malagrida, lo declaró culpable de heregía, blasfemia etc. y lo entregó al brazo secular. Este, suponiendo no solamente reales sino dignos del último suplicio los crímenes con que los supuestos Inquisidores habian cargado al acusado, lo condenó á sufrir el garrote y ser quemado. En seguida se procuró divulgar que el Padre se habia vuelto loco, y estando á la sentencia habia lugar de creerlo, porque ella le imputa no tanto impiedades ó heregías, como delirios de una imaginacion desconcertada. En este caso, debia ser entregado á los médicos y no á los verdugos, y eran igualmente absurdos é injustos los Tribunales declarándolo el uno culpable, y tratándolo el otro como á tal. Mas no, la imputacion de locura era tan falsa como todo lo demás. Todas las respuestas del acusado estaban marcadas con el sello de la sabiduría. Preguntado por los Jueces sobre lo que pensaba de sus revelaciones, respondió: *confieso que soy un pecador, y en cuanto á*

mis revelaciones no me conviene manifestar mi juicio. ¿Pero no sabeis, le replicaron, que Dios no escucha á los pecadores? Lo sé, respondió él, y sé tambien que está escrito que Dios juzgará á los justos... Ejecutóse la sentencia en el mes de Septiembre de 1761, á presencia de un pueblo lleno de indignacion y penetrado de horror, por la conviccion en que estaba de la inocencia de la víctima, y por el recuerdo de los servicios que habia hecho á la Religion. Fué conducido al suplicio cubierto de un largo saco, sobre el que habian pintado espectros para hacerlo mas odioso y ridiculo. Al punto de apretarle la mascara, se le oyó pronunciar estas palabras: *Señor, ten misericordia de mí; en tus manos encomiendo mi espíritu.* Por lo demás, el género de su muerte no pudo sorprender á nadie, y menos al que lo sufrió. Era sabidísimo entre sus hermanos, y aun entre los habitantes del Brasil, la prediccion que habia hecho, diciendo y repitiendo muchas veces, que moriria con la muerte mas ignominiosa.

Mientras que el P. Malagrida expiaba en un cadalso el crimen de haber desagradado en lo personal á Carvalho, por el crédito que sus talentos, sus virtudes y sobre todo, su zelo apostólico le habian granjeado para con el pueblo, la nobleza y la familia Real, docientos veinte y uno de sus hermanos, que no habian sido trasportados á Italia, desfallecian en las prisiones construidas, mejor diremos, excavadas, por el cruel Ministro. Algunos extractos de una carta que uno de ellos se dió mañana de hacer pasar en el año de 1766, nos harán co-

nocer lo que tuvieron que sufrir. "Nuestras prisiones, dice él, son unas especies de casa-matas, profundas, obscuras é infectas. No las penetra el aire sino con trabajo, por algunos respiraderos de tres pulgadas de ancho... nuestro alimento es fastidioso y muy escaso, al que se añade una libra de pan para todo el dia; no se nos dá á beber sino agua ya corrompida y llena de insectos. Reina en estos calabozos una fetidez insostenible, causada tanto por la falta de aire, como por las aguas del mar que se filtran por entre las paredes. Por esto, todo se corrompe allí prontamente, y en poco tiempo se pudre lo poco que nos dan para abrigarnos. Esto hizo decir últimamente al comandante que venia á visitar nuestras prisiones: *¡Cosa asombrosa! aqui todo se pudre, todo se corrompe, menos los prisioneros.* El cirujano del fuerte en que estamos encerrados, no comprende cómo podemos vivir y mantenernos con tantas incomodidades. Lo mayor y mas sensible para nosotros es la privacion de los sacramentos, que solo se nos administran en el artículo de la muerte; y aun para esto es preciso que asegure el cirujano con juramento, el peligro extremo del enfermo. Como él y el Capellan están alojados fuera de los muros de la fortaleza, estamos privados en las noches de todo socorro de alma y cuerpo. Pero una virtud del todo divina, suple á todo. En efecto, se ha visto á muchos sanar luego que han dirigido sus votos al Señor. Uno de ellos, ya á punto de espirar, to-

„mó un poco de la harina multiplicada milagrosamen-  
„te por S. Luis Gonzaga, y al mismo instante que-  
„dó sano. Otro, en las puertas de la muerte, reco-  
„bró súbitamente la salud, despues de haber recibi-  
„do la sagrada Eucaristía. Este milagro se ha re-  
„petido tantas veces, que el cirujano, cuando se le  
„llama para un enfermo, acostumbra decir: ya conoz-  
„co el remedio que se necesita para darle la vida;  
„adminístresele el sagrado Viático. A vista de es-  
„tas maravillas, y fortificados por la gracia del Señor,  
„nos regocijamos con los que están para salir de es-  
„te mundo, y envidiamos su suerte; no porque lle-  
„gan al término de sus padecimientos, sino porque  
„van á recibir la corona debida á su victoria. ¿Lo  
„creeríais? pues la mayor parte de nosotros pide á  
„Dios el acabar aquí sus días. Estamos sin cesar  
„padeciendo, y sin embargo alegres siempre. Todo  
„nos falta; pero nada altera la serenidad de nuestra  
„alma. Nuestros Padres de Macao, muchos de los  
„cuales habian sufrido ya prisiones, azotes y otros  
„tormentos entre las naciones infieles, han sido ar-  
„rancados de sus casas, y han venido á ser compañe-  
„ros en nuestras cadenas. Parece que Dios es mas  
„glorificado con las penas que sufren en esta prision,  
„sin haberlas merecido, que con el sacrificio de su vi-  
„da que le hubieran hecho en los paises idólatras....”

Estos rasgos, á que seria fácil añadir muchos otros igualmente auténticos, bastarán para poner de mani-  
fiesto la crueldad de los verdugos y la paciencia de las

víctimas. De los doscientos veintian Jesuitas tratados de esta suerte, ochenta y ocho murieron de miseria: algunos fueron libertados, despues de algunos años, y sacados de Portugal, unos por instancias de la Princesa del Brasil, heredera de la corona, á quien Carvalho no se atrevió á desairar en todo; y otros, á peticion de la Reina de Francia y de la Emperatriz Maria Teresa. Los que restaban, se consumieron en estos sepulcros durante casi diez y ocho años, hasta la muerte de José, acaecida en 1777. El mismo dia en que subieron al trono D. Pedro y Maria, fueron abiertas todas las prisiones de Carvalho. Vióse salir de ellas á casi ochocientas personas en el estado mas deplorable: estos eran los restos de nueve mil seiscientas cuarenta víctimas inocentes que habian sido amontonadas allí; la mayor parte sin forma de proceso, y sin otra razon que el ódio, zelos, ó ferocidad del Ministro. Estos Jesuitas aparecieron, como los demas, medio desnudos, sin mas vestido que la gerga que les servia de lecho, amoratado el semblante, hinchado el cuerpo, tan débiles los mas, que no podian andar ni estar en pie; privados muchos de ellos del uso de la vista por las tinieblas profundas en que habian estado sumergidos, y aun del de la palabra, por el silencio forzado que habian guardado en tanto tiempo; algunos, en fin, con los pies podridos por la humedad, y roídos por los ratones y sabandijas. Carvalho fué desterrado á su tierra de Pombal, y condenado á restituir sumas inmensas que habia rapiñado bajo diversos pretextos, y que nadie se habia atrevido á recla-